

El transatlántico que conduce a su bordo la personalidad noble y fuerte de José Enrique Rodó, el insigne autor de *El Mirador de Próspero*, — preciado presente que el Nuevo Mundo, símbolo del porvenir, envía al Antiguo, de cara vuelta hoy al pasado, — avanza rápidamente en su marcha misteriosa a través del Océano, proa a Europa... Y en tanto que el barco se aleja, y se pierde en las brumas de los mares,



poco frondoso árbol intelectual. En cualquier otro instante constituiría un accidente de significación por tratarse de quien se trata, pero sin importancia fundamental alguna: hoy y consagra el alejamiento indefinido de la más fuerte y alta cumbre del pensamiento nacional, y aun americano, en momentos, precisamente, en que los complicados y nebulosos sucesos que se eslabonan a lo largo del camino de la vida

perduran en el ambiente y en el espíritu de los amigos y admiradores del maestro, como en el cielo los reflejos de luz y oro que recuerdan la esplendor de una puesta de sol, las sensaciones diversas, de pena, de entusiasmo, de contento y de tristeza, que su despedida, grande por espontánea, magnífica por afectuosa, intensa por expresiva, produjo en todos los que en ella intervinieron directa o indirectamente. Las simpatías, las amistades, el cariño, el respeto y la veneración hondos y sinceros que el escritor y el hombre, en plena irradiación juvenil todavía, han conquistado con su talento y austeridad — nunca menguado el primero por la menor negación, jamás nublada la segunda por la más leve sombra de duda — adquirieron la exteriorización definitiva y consagradora que el maestro se merecía desde muchos años atrás por sus múltiples méritos, sólidos talentos y enaltecidas virtudes. El alma popular, sin contacto hasta ahora con el esforzado sembrador de ideas, — demasiado elevado en sus concepciones y refinado en la forma para ser comprendido y apreciado por las grandes masas, hechas para sentir y no para pensar, — se contagió también con el estrechamiento de la juventud que estudia, de la juventud que discurre, de los hombres que ponen la justicia sobre las pasiones y el perdón sobre los odios, de los que luchan y de los que sufren, de los que alientan por liberaciones equitativas, y de los que indiferentes, en apariencia, a las oscilaciones y brusquedades de la política, observan con expresivo silencio, no por eso menos eficaz que la acción, los acontecimientos que esmaltan y manchan el ambiente y las fuerzas encontradas que los encauzan, desvían, desnaturalizan o precipitan. Y el alma popular, que en Rodó y en su obra sólo ha podido ver, lógicamente, una abstracción, despertó también agitada por la pasión dominante, para saludar al maestro antes de su repentina partida, y ofrecerle, como sencillito don de simpatía y de respeto, la flor bien aromada de su sinceridad y el calor leal de su adhesión vibrante y franca... El maestro se ha ido, pues... Y se ha ido empujado por dos fuerzas poderosas: el ansia — inquietud eterna de su espíritu — de ampliar con nuevas visiones de vida los dilatados horizontes de su visión, y el deseo, que en este caso hizo más que su voluntad, de aceptar un ofrecimiento honroso, una representación periodística digna, y escapar a una atmósfera que por fuerza tenía que molestarlo, y sacudirlo en su angusta serenidad, y herirlo, por último, en sus más íntimos afectos y en sus más leales convicciones. Espíritu superior, y como superior delicado y sensible, hecho sólo para las nobles luchas del pensamiento, — en las que cada día afirma y robustece con mayor fuerza su severa figura de apóstol de las más sanas y profundas aspiraciones de la humanidad, — la política, que ha sido, es y será siempre arte primero que ciencia, destreza antes que saber, audacia más que lealtad, — no podía adaptarse a su temperamento, que, forjado al calor de los más puros principios filosóficos y nutrido en la infalible sabiduría de la naturaleza, fuente de toda verdad, había de sentirse dolorido y amargado por los dardos y sombras, venenosos unos, desconcertantes otras, que aquella arroja ciegamente sobre los que persiguen su conquista con la buena fe y la sinceridad por únicas armas, y el triunfo de una idea, — jamás de un interés o de una pasión personales, — por solo y definitivo propósito. La ausencia de Rodó es, por esa dolorosa circunstancia, doblemente lamentable y lamentada. Error grave de los que la han determinado, voluntaria o involuntariamente, importa un desgarramiento de nuestro ya

cívica, y de los cuales depende el más grave de los problemas que a la conciencia nacional se han ofrecido, piden el concurso y el consejo de todos los buenos y de todos los sabios. Para el maestro, sin embargo, la ausencia será, a poco que el olvido suavice las asperezas que la pasión de sus adversarios políticos ha levantado en su espíritu, una fuente de emociones gratas, y quizás el origen de un retoñar de las esperanzas e idealidades que duermen en el fondo de su alma, adormecidas por los vahos de vulgaridad que en estos últimos tiempos ha caído sobre ellas. En uno de los admirables capítulos de sus *Motivos de Proteo*, — libro, que, como todos los suyos, debía ser lectura obligada y constante en la juventud del momento, — el impecable artista de la palabra dice: «La filosofía digna de almas fuertes es la que enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración de un bien distinto de aquel que cedió al golpe de la fatalidad: estímulo y objeto para un nuevo sentido de la acción, nunca segada en sus raíces...» «A la vocación que fracasa puede suceder otra vocación: al amor que perece, puede substituirse un nuevo amor: a la felicidad desvanecida, puede hallarse el reparo de otra nueva felicidad...» La política ha cegado en el alma del maestro, transitoria o definitivamente — ¡quién sabe! — un amor que, no por corriente y desnaturalizado, era menos noble y leal en él: el amor al civismo rígido, a la pureza del sufragio, a la verdad de las instituciones, al triunfo de las libertades. Luchó tenazmente por todas esas abstracciones en el libro, en el parlamento y en el periodismo; puso en su afán, que por ser suyo era de excepción, igual empeño y entusiasmo que en sus obras de recogimiento y alta meditación; y la recompensa de su esfuerzo sincero, el premio de su propósito altruista, la finalidad de sus aspiraciones patrióticas, ha sido el desengaño más amargo y las rozaduras fatales que la pasión mal contenida y la agresividad poco encubierta han señalado en su espíritu, que, si grande como el Océano por su fuerza y amplitud, es semejante al del niño por su bondad y pureza... El mar inquieto que hoy le conduce a lejanos lugares del planeta, donde también se lucha y donde también se sufre, aunque por muy distintos ideales y principios, lo ha devolver algún día no distante al ambiente que voluntariamente abandonó, fortalecido, quizás transformado, con nuevas sensaciones de belleza en el espíritu, mayor caudal de misericordia en el alma, y un concepto nuevo de humanidad en el cerebro. Amplio y generoso — con la amplitud y generosidad propias de los hombres superiores — el maestro olvidará y hasta perdonará, que el olvido y el perdón son señal de fortaleza, dejando que allá, en el rincón más oculto de su ser, vuelva a resurgir, al calor no extinguido de viejos recuerdos y de viejos afectos, el amor que en estos momentos le arranca a la tranquilidad y dulce apacibilidad del estudio, del hogar y de los amigos, y le lleva a peregrinar, ansioso de emociones y de olvido, por sitios donde la muerte vence a la vida, y donde cada placer estético que seapura se diluye rápidamente en una trágica visión de guerra... Y, entonces, su reconquista será la mejor, la más bella, la más completa de las reivindicaciones a que podremos aspirar los que lamentamos el alejamiento de Rodó por lo que dice de ausencia, de distancia, de desengaño y de injusticia, y de los que encarnamos en el escritor y en el hombre — y esto no es de hoy, sino de mucho tiempo atrás — la fuerza magnífica del genio americano y la integridad noble e irreductible del espíritu de su raza...

Montevideo, Julio, 1916.

EDUARDO FERREIRA.

